

# Veintiún segundos

Irene Sánchez Sánchez



**SEGUNDO PREMIO 2024**

**Veintiún segundos**

Irene Sánchez Sánchez

## VEINTIÚN SEGUNDOS

### I. La espera

–Amor. –dice Mariela con un tono que navega entre la extrañeza y la confusión– Amor, mira.

Sergio no escucha. Está ensimismado mirando atentamente la cópula de los leones que se muestra en una pequeña televisión colgada de una esquina de la sala de espera de la clínica privada de reproducción asistida. El plácido ambiente con olor a polvos de talco contrasta con la violencia animal de la pantalla: el león monta a la leona, un rugido retumba en la planicie de la sabana, seguido de una potente mordida que inmoviliza a la leona. Ella se deja penetrar, varias veces. Amaga un alarido prácticamente imperceptible. El león cultiva su poder en el vientre de la leona. La desgarrar con su pene espinado. La fertiliza. Vuelve a rugir y la sabana vuelve a retumbar. El líder de la manada se va. La leona queda, inerte. Se recompone. Se va.

–Escúchame, amor. –Mariela agarra a Sergio del brazo y lo zarandea hasta que sale del trance.

–Veintiún segundos.

–¿Qué dices? –pregunta Mariela extrañada.

–Eso es todo lo que necesita un león. Veintiún segundos, un mordisco y un par de rugidos.

–¿Veintiún segundos para qué?

–Pues para qué va a ser, para dejar a la leona preñada. Yo duro más y no lo consigo.

–Pero qué estupideces dices. Mira esto. –Mariela acerca su teléfono a Sergio para enseñarle el contenido que está leyendo– Mira esta noticia.

–“Presunta agresión sexual en un vuelo Buenos Aires-Madrid”. –Lee rápidamente en voz baja.

–¿Te acuerdas del vuelo de vuelta del viaje de novios? –interroga Mariela.

–Sí, claro. Como para olvidarlo. Aquel terrible vuelo en el que estuve embutido como una salchicha en el asiento del medio y tú tenías todo el espacio porque habías leído en no sé dónde que estar muchas horas en un asiento de dimensiones reducidas perjudicaba al suelo pélvico y eso te impedía quedarte embarazada.

–Eso te lo acabas de inventar. –Mariela insiste en la noticia– ¿Te acuerdas de la chica que...? Bueno... la que volvió de la parte trasera del avión con ese hombre al otro lado... en fin, la que volvió como si hubiera visto a un marciano o al fantasma de su abuelo. Parecía que estaba como en shock. Muy tiesa, disociada, con la mirada perdida...

–Mmm, me quiere sonar, pero no mucho la verdad. ¿Qué pasa con esa chica?

### II. Querido diario

Hacía como dos o tres horas, quizás cuatro, que habíamos despegado. Habían terminado de recoger las bandejas de la cena. Pronto atenuaron las luces. La gente se disponía a dormir. Alguna que otra

persona estaba todavía despierta, pero casi todo el mundo prefería dormir. Era la madrugada en horario local. Un ambiente de cansancio y sueño recorría los pasillos. Yo también quería dormir, para evitar tener mucho *jetlag* al día siguiente, pero el hombre de al lado mío me tenía entretenida con una conversación propia de una primera cita. Está claro que Tinder no sirve de nada. Al final, la vieja usanza prevalece. Ahora no hago más que revivir la conversación. Vuelvo a imaginarme la escena, una y otra vez, con pelos y señales. Analizo cada una de mis palabras, mis movimientos, mis gestos y mis pensamientos. ¿Qué pasó realmente? Lo he contado y recontado al menos tres o cuatro veces. ¿Cuántas veces más? Quién sabe. Querido diario: aquí va, por enésima vez:

—Así que vives sola—dijo con cierto alivio.

—Sí. Bueno, tengo un gato. —añadí.

—Mira tú, un gato.

—Sí. Un gato. —repetí sin saber muy bien cómo continuar la conversación.

—Y... ¿Quién lo está cuidando ahora?

—Mi vecina. Una señora mayor, viuda, que no sabe qué hacer con su vida y se dedica a ayudar a los demás. Para sentirse útil, dice ella.

—Ah ¡qué maja! —exclamó y, tras varios segundos sonriendo ampliamente en los que me pude ver reflejada en la blancura de sus perfectos dientes de ortodoncia, añadió— Pensé quizás que, no sé... a lo mejor te lo estaba cuidando algún amigo íntimo, o un novio... o follamigo, no sé... eso se estila ahora mucho ¿no?

Sus palabras succionaron el oxígeno que me rodeaba, dejándome sin respiración, algo desconcertada. Veía cada vez más claro que este hombre no se andaba con chiquitas, en el sentido figurado de la expresión, porque a mí quizás me sacaba unos quince años. Me miraba insistentemente, esperando una respuesta que diera luz verde a sus insinuaciones.

—No. No tengo ni amigo íntimo, ni novio, ni follamigo, ni ninguna otra categoría moderna para los de vuestra generación. —aclaré— Vivo sola con un gato que rescaté de la calle.

Su sonrisa se amplió aún más, marcando una perfecta curva como la de una rodaja de sandía. Por primera vez en muchos minutos apartó la mirada de mi cara. Dejé de sentirme observada para convertirme yo en la observadora. Me fijé en su casi imperceptible movimiento de cabeza. El corto flequillo ligeramente canoso le bailaba sobre la tersa frente. Su pelo era sorprendentemente espeso. Tenía una melena frondosa, como la de un león. No había indicios de incipiente calvicie. Parecía como si el tiempo se hubiera detenido en su cuerpo. Su rostro, algo moreno, no tenía ni una sola arruga. Inconscientemente, deslicé mis dedos por mi frente por la que el estrés había dejado su huella. Luego, por las patas de gallo y las prominentes ojeras consecuencia de la falta de sueño. Me di cuenta de que había vuelto a mirarme. Intenté disimular que me avergonzaba de mis arrugas. Esbocé una pequeña sonrisa que se me antojó una mueca extraña. No sé qué me salió. Seguro que mi careto parecía un *meme*. Me sentí incómoda. Otra vez observada. Más que observada. Me sentí radiografiada. Como si

quisiera adivinarme el alma. Me penetraba los ojos. Sus pupilas se convirtieron en espejos: en ellos me veía a mí, mirándole a él, que me miraba a mí. Un círculo vicioso.

–Tienes unos ojos muy bonitos. –rompió el silencio abruptamente.

Me pilló desprevenida. Traté de recomponerme.

–Son como dos... esmeraldas.

Vaya piropo. Me sonrojé, claro. Intenté que no se notara, pero las mejillas me ardían. Estaban al rojo vivo. Exhalé un “gracias” que se deshizo en el humo que emanaba de mis pómulos.

–No es común tener los ojos verdes –continuó– y, con ese pelo negro, resaltan mucho.

Me sentí como un volcán a punto de entrar en erupción.

–Muchas gracias. –alcancé a balbucear– Es teñido. Mi pelo es algo más claro, pero quise probar algo diferente. Año nuevo vida nueva, como quien dice.

–Pues te queda muy bien. Te favorece.

Dejamos de mirarnos al mismo tiempo. Desviamos nuestra atención a las pantallas del asiento de enfrente, esperando que alguno de los dos retomase la conversación. Quería volver a mirarlo. Era un hombre atractivo. Parecía amable y respetuoso. Quería dormir también. Debía intentar dormir. Estaba muy cansada, pero no podía. El cerebro me iba a mil por hora. El magma se fraguaba en mi interior. Los terremotos en mi vientre vaticinaban una erupción inminente. “¿Qué estará pensando de mí?” me preguntaba. De pronto, me percaté. Sentí que me caía un jarro de agua tan fría que, al entrar en contacto con el magma, formó alguna que otra roca ígnea con la que me atragantaba: “Se ha dado cuenta. Me ha visto las arrugas”.

–Ufff, qué pequeños son estos asientos. –dijo de repente.

Su queja me arrancó de cuajo mis inseguridades. Lo volví a mirar y amagué una sonrisa de “estoy de acuerdo contigo”. Pensé: “es realmente atractivo”. Me fijé en sus piernas embutidas en unos pantalones vaqueros de color azul marino. Eran largas. Parecían musculosas. Sus rodillas acariciaban el asiento delantero. Me dio la sensación de que, si hubiera podido, habría esparcido sus piernas colonizando el asiento colindante. *Manspreading* se llama ahora. Pero no lo hizo. Se contuvo, o se venía conteniendo. ¿Cuánto tardarían sus genitales en demandar el espacio que consideran de su propiedad? Me dispuse a continuar la conversación:

–Sí, para gente tan...

No había terminado de decir mi frase cuando se acercó a mí, extendiendo su corpulento torso a través del pasillo y me preguntó en voz baja:

–Oye, ¿te apetece pasear un poco por el avión? Estirar las piernas y eso.

Asentí. No me lo pensé. Me despojé de todo lo que llevaba encima de las piernas. Guardé el móvil en un bolsillo interior de la mochila que llevaba debajo del asiento, me calcé e intenté arreglarme la coleta que colgaba algo torcida por el aplastamiento contra la cabecera del asiento. Caminé tras él, que se giraba para mirarme cada dos o tres filas de asientos. Sentados detrás de mí había un hombre que no cabía, tratando de acomodar a su pareja que demandaba espacio y confort. Ella me recordó al cuento *La princesa y el guisante*. Los demás, dormían. Algunas personas roncaban, otras respiraban hondo. Había quienes, como bichos palo camuflándose, se mantenían inmóviles en sus asientos, y quienes, como contorsionistas de circo, se torcían en nudos imposibles. Cuando nos acercábamos al final del avión exclamó:

–Joder, el avión vacío atrás y nosotros como sardinas allí en medio. –mirándome intensamente me propuso– Podríamos cambiarnos de sitio, estaríamos más cómodos aquí.

–Bueno... –contesté dubitativa.

No pude evitar fijarme en las vistas. Eran espectaculares. A lo lejos se atisbaba una masa iluminada con un tajante corte y luego la nada. Donde termina Brasil para empezar el Océano Atlántico. Me acerqué a mirar mejor por la ventanilla. Las estrellas como pequeñas perlas centelleaban en la oscuridad de una noche sin luna. Me preguntaba cuántos millones de años hace que esas estrellas ya no resplandecían en el universo. Me imaginaba la cantidad de vida sentiente e inteligente que viajaba por la inmensidad del espacio, de galaxia en galaxia, a una velocidad indescriptible. ¿Algún día llegarán a la Tierra? Ojalá que sí.

De pronto, sentí una cercanía, un olor a mar, a viento fresco. La puerta trasera del avión se había abierto y el oleaje nocturno nos engullía, fantaseé. Pero no, la puerta no se había abierto y el mar no deleitaba sus papilas gustativas con la artificialidad de la aeronave y lo orgánico de nuestros cuerpos endebles. Era un calor humano, un perfume embriagante. El corazón me latía aceleradamente. Lo adiviné acariciando mi cuello, mi nuca, hasta enredar sus dedos en mi pelo como agujas de ganchillo. Me quedé helada. Sin respiración. Sus labios rosados acariciaron los míos. Su aliento intoxicó con dióxido de carbono mis pulmones vacíos. Me besó. Dejé que me besara. Debo confesar que me gustó. Esto es importante. Aporta credibilidad a mi testimonio, dicen, pero también un arma de doble filo.

Sentí abejas entre las piernas que volaban para reunirse en el nectario. Estimulaban la glándula y el dulce torrente fluía. Sentí cómo su lengua se abrazaba con la mía. Entre nuestros dientes bailaban un tango bien juntitas. La saliva rezumaba de nuestras bocas. Sus besos se convirtieron en itinerantes, descendiendo por mi cuello para ascender a mi oreja izquierda. La lamió, la besó, la mordió y yo me estremecía cada vez más. Me susurró:

–Vamos al baño.

–¿Qué? –Pregunté sorprendida mientras él ronroneaba ladino.

–Vamos. Que ahora no nos ve nadie.

Tiró de mí. No sé cómo conseguí salir de la fila de asientos sin romperme una pierna o darme de bruces contra el reposabrazos. Me introdujo en el pequeño y apestoso cubículo. Apenas cabíamos. Su espalda protegía la puerta como un portero de discoteca. Me dio la vuelta. Me volvió a besar el cuello. Yo solo veía la pared beige del baño, el váter entre mis piernas, el botón azul que dice “flush”. Me agarró fuertemente de la coleta forzando que mi cuello se arqueara hacia atrás. De refilón pude vernos reflejados en el espejo. Parecía un depredador y yo su presa. Él león y yo su cebra. Bruscamente dobló mi cuerpo hacia delante. Noté cómo me bajaba los pantalones de chándal que llevaba. Apartó las bragas hacia un lado. Deslizó sus dedos en mi vagina que ahora me parecían cuchillos. Procedió a penetrarme con brío. Sentí que me desgarraba por dentro, pero no hice nada. No grité, no lloré, no me defendí. No hice nada. Esto también es importante. Dicen que aporta credibilidad a mi testimonio, pero cuidado, porque es un arma de doble filo. Los pocos segundos de alivio que sentí, en lo que tardó en desabrocharse los pantalones y bajarse levemente los calzoncillos, fueron interrumpidos por una embestida que me atravesó como una lanza. Veintiún segundos tardó. Los conté. Veintiún segundos tardó en correrse dentro y destrozar una vida. Esto no es importante. Dicen que la eyaculación precoz no es relevante, pero yo no me refería a eso. Entre jadeos le escuché susurrar:

–Qué buena estás. –estrujaba mis glúteos con sus diabólicas manazas– Qué culo tienes. Y esto –restregando su pegajoso semen por mi vagina y mi vulva, como firmando una obra de arte– esto es lo mejor.

Poseída por una fuerza sobrenatural, me subí los pantalones y le pedí que saliera, que necesitaba hacer pis. Le cerré la puerta en las narices. Me limpié como pude. Me senté sobre la tapa del váter y sentí cómo una ola me comía y me arrastraba a las profundidades del océano. Quizás ahora sí que se había abierto la puerta trasera del avión y el agua nos devoraba. Deseé que así fuera porque no podía respirar. Sentía que me ahogaba. Todo en mí olía a mar, a sal, a putrefacción. Flotando, inerte, en las profundidades del océano Atlántico deseaba que un tiburón me arrancara el vientre de un mordisco y que mis restos desaparecieran en el vaivén de las olas.

### III. Es él

–Pues que creo que es ella. Mira lo que dice la noticia: “Pasajera alega haber sufrido una agresión sexual durante el vuelo Buenos Aires-Madrid de Aerolíneas Argentinas el pasado mes de julio. La compañía aérea ha asegurado que la tripulación de cabina desconocía los hechos”.

Mariela desliza la página con el dedo y continúa leyendo en voz alta:

– “Al haberse cometido en espacio aéreo internacional, las dependencias policiales madrileñas arguyen que el caso no entra en su jurisdicción, sino que es responsabilidad del país de origen de la aerolínea, según se estipula en la Convención de Chicago. La jurisprudencia argentina condena los hechos, pero sostiene que debe ser el Estado español quien se encargue de las diligencias, lo que ha causado demoras en...”

–Bah, seguro que es mentira. La tía se arrepiente de ello y ahora intenta culpar al tío. –Mariela abre la boca de par en par. La sorpresa empieza a desgarrar la comisura de sus labios.

–Pero ¿qué dices? Si se llevó todas sus cosas y se fue a la parte trasera del avión.

–Eso es circunstancial. No es prueba de nada.

Por el altavoz se escucha “Mariela Navarro, consulta 4, por favor”. La pareja se levanta y se dirige a la habitación numerada con un cuatro, al final del pasillo. La puerta está entreabierta y de ella sale un hombre alto, corpulento, de largas y musculosas piernas y arropado por una limpísima bata blanca. Peina su abundante melena, algo canosa, con sus fuertes y firmes dedos mientras sonríe con amabilidad al matrimonio. Es un médico diferente al que habían tenido hasta entonces. “Está sustituyendo al Dr. Carrasco que está de vacaciones en Punta Cana”, les había dicho la recepcionista al llegar. Mariela se frena en seco en mitad del pasillo. La incredulidad se apodera de ella. Sergio se percata de que su mujer no camina a su lado. Retrocede y la agarra del brazo. Mariela se desprende del amarre. “Es él” dice para sí. Sergio la abraza por la cintura:

–¿Estás bien?

Mariela no contesta. Tiembla ligeramente, como una hoja mecida por el viento otoñal.

–Amor ¿Estás bien? Estás un poco pálida.

Mariela traga saliva, respira hondo. Deja que sus deseos de ser madre sobrevengán todo pensamiento. “Solo van a implantar en mí el óvulo fertilizado”, se dice a sí misma. “No vas a estar sola”, se reconforta. El doctor, que se ha ido acercando a la pareja lentamente con sus manos resguardadas en los bolsillos del pantalón vaquero de color azul marino, saluda formalmente a Sergio, quien devuelve el apretón con confianza.

–El futuro padre de la criatura. –enuncia solemnemente– Encantado de conocerlo.

–Un placer, doctor. Esta es mi mujer, Mariela, la madre de la criatura. Futura criatura.

Sergio ríe nerviosamente mientras el médico posa su mirada sobre los ojos de Mariela.

–¿Nos conocemos? –pregunta, intrigado.

–Sí. –responde Mariela rauda. Instantáneamente se arrepiente e intenta rectificar– Digo no. No nos conocemos– Respira hondo. La mueca de extrañeza del imponente doctor la inquieta– Me pareció que... me recordaba a... pero no... no es...

–¿A quién, amor? –intercede Sergio sin comprender.

–No, a nadie. Una *false memory*. –Mariela fuerza una sonrisa.

Los tres asienten por compromiso. Se quedan quietos durante un segundo que a Mariela le pareció una eternidad. “Es él. Estoy segura”, se repetía a sí misma.

–¿Vamos? –El médico marcó el camino con su afilada mano hacia la consulta número cuatro– Es un procedimiento rápido. Puede esperar aquí afuera. –Explicó a Sergio, que ya sabía cómo iba la intervención.

Mariela camina tras el médico a lo largo de un extendido pasillo blanco decorado con carteles de embriones, fetos, bebés recién nacidos, familias felices, mujeres embarazadísimas. “A lo mejor Sergio tiene razón”, se dijo para aliviar su conciencia. “Ha pasado un mes y aquí sigue”. Intenta colocar todas las piezas del puzzle. Un golpe seco la devuelve a la realidad. Está en un cubículo estéril, de techos altos, paredes muy lisas, perfectamente pintadas de blanco nuclear y la puerta cerrada. A la izquierda, el escritorio, coronado con una gran pantalla con el símbolo de una manzanita mordisqueada y muchos papeles con un desorden aparentemente ordenado. A la derecha, un biombo de tela también blanca. En frente, un gran sillón ginecológico, acompañado de una máquina para realizar ecografías y una mesa llena de utensilios metálicos, muchos de ellos punzantes. Pegado a la esquina izquierda del fondo, una encimera en forma de ele con armarios arriba y abajo de un color blanco roto. Sobre la encimera hay tubitos de laboratorio, botes de químicos que desconoce y máquinas cuyo uso ignora. Todo es muy blanco. Todo está muy tranquilo. Demasiado tranquilo. De pronto, Mariela se percata de que está sola. “¿Dónde está la persona ayudante?” Se pregunta. Mira discretamente de lado a lado. Dos puertas. Cerradas. No hay ventanas. “Estoy sola, en una sala estanca, con un violador”.

–Debes desnudarte. –cacarea el hombre como un gato vigilando a su presa.

Mariela reacciona defensivamente a tal imperativo. El miedo y la desconfianza son patentes en su cara y su lenguaje no verbal. El hombre advierte su armadura invisible y muestra las palmas de sus grandes manos, posicionándolas a la altura de su cintura. En un tono tranquilizador y reconfortante dice:

–No te preocupes. No hay nada de que asustarse. Es un procedimiento rápido y sencillo, pero debes ponerte esta bata.

Mariela lo sabe. Ha pasado por esto varias veces. Aunque ahora esté en una clínica privada, el procedimiento no debería ser diferente. Se obliga a sí misma a confiar. Lleva años intentando ser madre. Piensa en el dinero que se ha gastado en las consultas, los tratamientos, los medicamentos. Piensa en que están endeudados hasta las cejas. No puede dejar pasar esta oportunidad. Una vez fertilizado el óvulo, disponen de tres a cinco días para que sea implantado en el útero. Hoy es el día cuatro y medio. No puede cancelarlo, ni dejar pasar la oportunidad, aunque ello suponga permitir a un presunto violador penetrar su vagina. “Presunto”. La palabra resonó en su pensamiento. “No ha sido detenido”. Intenta engañarse a sí misma.

–Ahí está el biombo. Puedes dejar tus cosas en la silla.

Mariela se encamina hacia el biombo, pero antes de esconderse tras él, se gira levemente y pregunta:

–¿No tiene un enfermero o una enfermera que le ayude?

El hombre, que había empezado a organizar el material necesario, se aclara la voz con un carraspeo y responde:

–Sí, ahora viene. Está en otra consulta.

#### IV. La cacería

Sergio mira de lado a lado, arriba y abajo. Las sillas de la sala de espera son incómodas, las más baratas de IKEA. “Para ser una clínica privada, qué poco se gastan en mobiliario”, piensa. En la televisión sigue el documental sobre leones. Ahora muestra la cacería. El león, agazapado, se mimetiza con la hierba seca de la sabana. Nada se mueve, ni siquiera las hojas de los pocos árboles dispersos por el horizonte. En el fondo se atisba una figura rayada. Blanca y negra. Una cebra que bebe agua de un pequeño charco algo emponzoñado. En un pestañeo, el león salta de su escondite y muerde ferozmente la yugular de la cebra. La sangre brota como una fuente, tiñendo de carmesí las hojarascas, el charco y los afilados colmillos del felino. En ese instante, entra por la puerta una pareja de policías. “Deben de ser del cuerpo nacional por el uniforme que llevan” conjetura Sergio. Preguntan algo a la recepcionista que se resguarda tras el alto mostrador. Sergio no llega a escuchar el nombre completo de la persona que buscan. El ruido del tráfico mezclado con el siseo del aire acondicionado y la narración a lo Morgan Freeman del documental empantana sus oídos. La pareja de agentes se dirige pasillo abajo, hacia lo que parece ser la consulta en la que está Mariela. Todo el mundo está expectante. Sergio más que nadie. La señora de la recepción, gordita y bajita, corre tras ellos como un chihuahua persiguiendo a dos pastores alemanes:

—¡No pueden entrar! ¡Está en una intervención!

#### V. Ser mamá

La luz blanca de LED ciega a Mariela que cierra los ojos e intenta relajarse. Siente un pinchazo, luego frío, a pesar de hacer una temperatura agradable en la consulta. Intenta no tiritar y no tiritar porque no puede moverse. “¿Qué está pasando? ¿Por qué no puedo mantenerme despierta?” Un profundo sueño se apodera de su conciencia. Escucha a lo lejos:

—Veintiún segundos. Veintiún segundos para ser mamá.

#### VI. 55,5 kilos, 250 metros, 21 segundos.

He estado aprendiendo sobre física. Según las fórmulas matemáticas, un objeto de unos 55,5 kilogramos tarda unos veintiún segundos en estamparse contra el suelo en caída libre desde unos 250 metros de altura. La torre más alta de Madrid mide casi 250 metros. La Torre de Cristal: un mastodóntico corta vientos de frágiles vidrios que en su seno alberga uno de los jardines más altos de Europa. Oh, querido diario, cuánto quisiera enredarme en sus enredaderas y pincharme con sus cactus. Cuánto quisiera subir a lo más alto, desgarrar mis heridas con sus cristales y respirar aire contaminado. Cuánto quisiera dejar que la gravedad me acune y ser devorada por el agujero negro que es asfalto.

Veintiún segundos, querido diario. Veintiún segundos es todo lo que se necesita para crear una vida... o para destruirla.